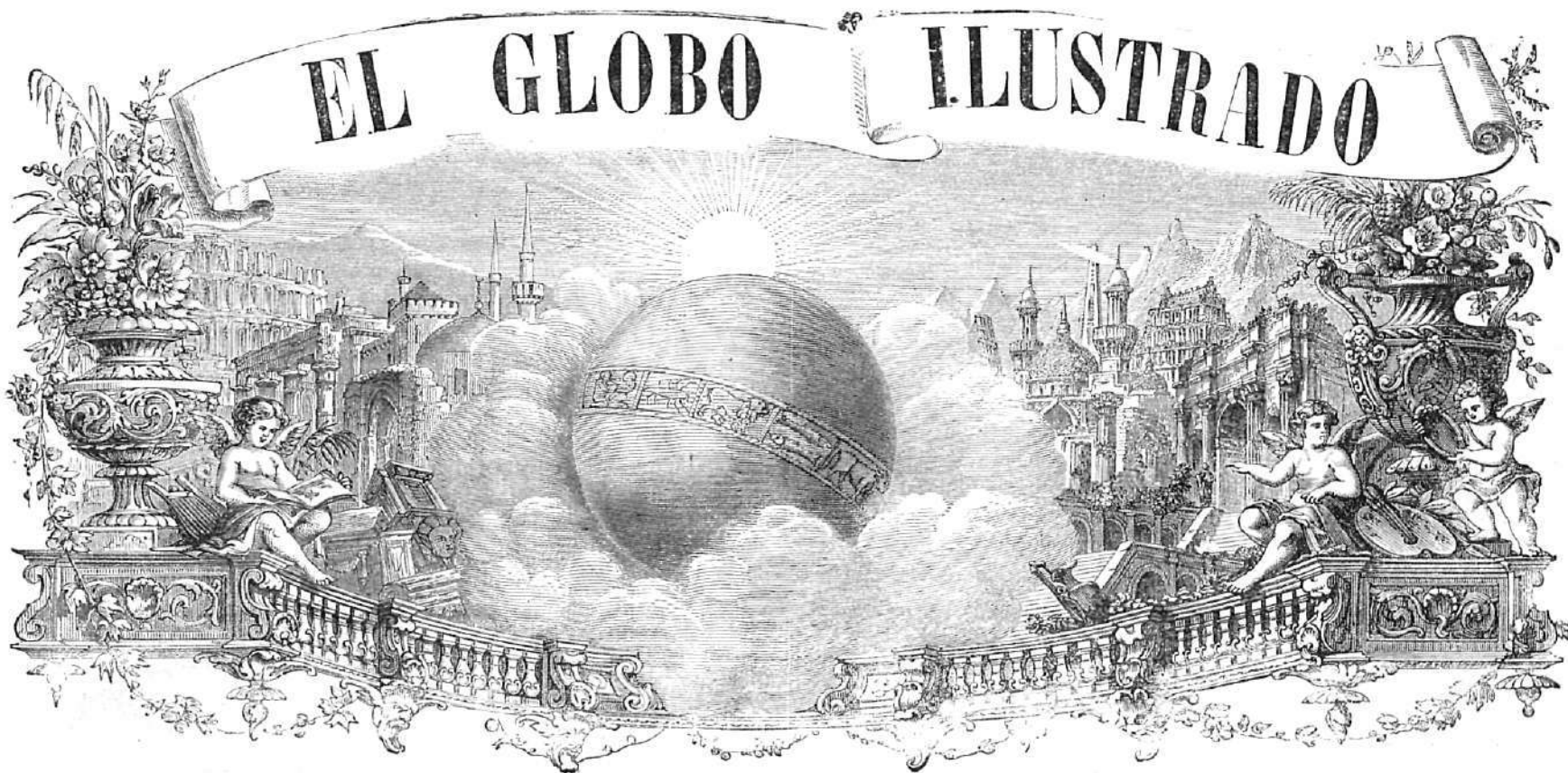




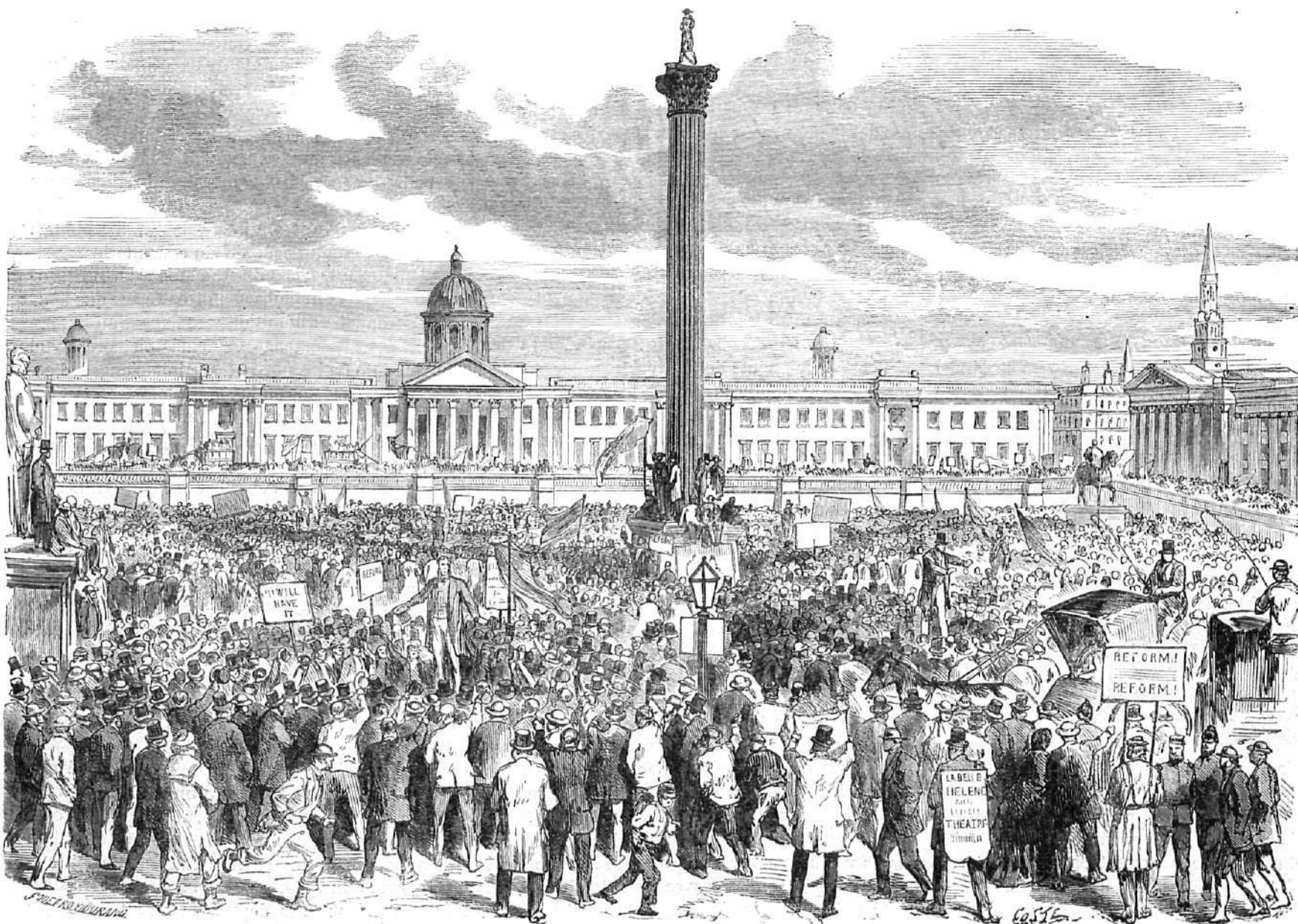
NUMERO 9.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del BANCO INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento ó directamente enviando letra del importe a la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmitt, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



Num 1

SUMARIO DEL NUM. 9.

ARTICULOS. Londres. Gran meeting al aire libre en favor de la Reforma electoral.—De las adivinaciones y adivinos, por don DIONISIO CHAUILLÉ.—Trova á un niño, por don ANTONIO ARNAO.—¿Avanza ó retrocede en el camino de la civilización la humanidad? por don SALVADOR COSTANZO.—Amor filial y caridad humilde, (histórico: traducción del inglés, por J. D. SERVET.—Filosofía al pormenor, por don SALVADOR MARIA DE FABREGUES.—Accidente ocurrido en el camino de hierro cerca de Saint-Maixent.—Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMERO. (Continuación).—La vuelta de la bandera.—Los candiotas, por H. MAURICIO.—Las cartas del Tasso, por don I. A. B.—Algunos personajes de Shakspeare, por M. P.—Una partida de ajedrez.

GRABADOS. Número 1. Página 129. — INGLATERRA.—Gran meeting en la plaza de Trafalgar, en Londres, con ocasión de la reforma electoral.

Número 2. Pág. 132. Captura de un convoy de víveres para los prusianos, verificada por la guarnición austriaca de Theresienstadt.

Número 3. Pág. 132. El oficio religioso del domingo en el ejército prusiano (rito evangélico).—Ciudad de Letawitz, regimiento 24.

Número 4. Pág. 133. El fin de la guerra.

Número 5. Pág. 136. Vista del punto donde accedió, el 4 de setiembre, el siniestro del ferro-carril en Saint-Maixent.

Número 6. Pág. 137. — NUEVAS CONSTRUCCIONES EN PARIS.—Vista del mercado de los Carmelitas y de la antigua plaza Maubert.

Número 7. Pág. 140. Cuatro oficiales del 41 de línea de Italia, prisioneros en Custozza, traen á su regreso á Udina, los pedazos de su bandera que despedazaron y ocultaron antes de rendirse.

Número 8. Pág. 140. Tipo de los habitantes griegos de la isla de Gaudia, antigua isla de Greta.

Número 9. Pág. 141. Visita general del puerto de Trieste, puerto principal de los austriacos en el mar Adriático.

Número 10. Pág. 141. Waldenburg (Silesia), primera ciudad de la frontera. Entrada en Waldenburg del regimiento 33 de línea prusiano el 26 de agosto.

Número 11. Pág. 144. — ESPOSICION DE BELLAS ARTES DE 1866.—Los antiguos barrios del Cairo, acuarela de Mr. Crapelet.

Número 12. Pág. 144. — ESPOSICION DE BELLAS ARTES DE 1866.—El bazar de las alfombras en el Khan-Khalil, en el Cairo, cuadro de Mr. Mouchat.

EL GLOBO ILUSTRADO.

LONDRES.

GRAN MEETING AL AIRE LIBRE EN FAVOR DE LA REFORMA ELECTORAL.

La agitacion que se experimenta en Londres de algun tiempo á esta parte en favor de la reforma electoral, lejos de resentirse en este tiempo de las vacaciones y de la ausencia de los miembros del parlamento, continúa por el contrario con mas fuerza, y se propaga como un vasto incendio en todas las provincias de Inglaterra. Mr. J. Bright arengaba la semana ultima á una reunion de cien mil hombres en Birmingham y se declaraba por el sufragio universal y el escrutinio secreto (the ballot), en medio de los aplausos de esta multitud.

Nosotros hemos asistido últimamente á uno de estos meetings al aire libre, en Londres. Los oradores mas conocidos del pueblo han arengado á la muchedumbre en diferentes puntos de la gran capital; sus palabras han sido acogidas con bravos y hurras. Caballeros, artesanos, obreros, hombres del pueblo, se veian allí confundidos; las clases parecia que habian desaparecido; todos se veian animados de las mismas intenciones y aspiraban al mismo fin. El artista que ha copiado esta escena ha tenido que encaramarse en lo mas elevado de un *cab* para reproducir este meeting, y nosotros podemos confesar que jamás hemos presenciado una cosa parecida. Una multitud inmensa que se agitaba delante de nosotros, banderas flotantes, una tupida nube de sombreros que se movía por intervalos en medio de los gritos mas entusiastas, todo presentaba un espectáculo extraordinario y de los mas imponentes.

Todo esto se ha efectuado, sin embargo, en medio de un grande orden. Al fin, á ruego de los

oradores, la multitud se ha dispersado lentamente, y muy pronto la plaza y sus cercanías han vuelto á tomar su fisonomía acostumbrada.

E. BARRERA.

DE LAS ADIVINACIONES Y ADIVINOS.

Uno de los errores mas funestos y vergonzosos que han oscurecido la inteligencia del hombre, cuando privada ó rechazando la revelacion divina ha quedado abandonada á sí propia, es sin duda ninguna la deplorable manía de acertar el porvenir, tratando ciega en su orgullosa locura, de arrancar á la Providencia los arcanos guardados en la mente suprema desde la noche anterior á los primeros dias.

Larga fuera la historia de los estravíos en que dieron las naciones con objeto de alcanzar esta quimera, graciosa por demás, dejando aparte las sangrientas escenas á que dió margen en algunas, y vergüenza tambien para nuestra ponderada civilización que aun existan individuos fanatizados por semejantes patrañas, y auditorio suficiente para dar honra y provecho á unos cuantos astutos embaucadores ó imaginaciones enfermas, empeñadas en suponerse en comunicacion con los espíritus, y por consiguiente en aptitud de predecir lo futuro, á favor de amagos y manipulaciones indignas de ser mencionadas por lo necias y sándias á todas luces.

Solo Dios es omnipotente para registrar el porvenir y sus altos juicios nunca estarán á disposicion de un atrevido charlatan ó una mujerzuela despreciable.

Entre los pueblos de todas épocas sumidos en las tinieblas de la confusion moral, ninguno mas ilustre que la floreciente ciudad de Atenas, por el alto grado de cultura é importancia á que supo elevarse entre las sociedades del antiguo mundo. A la sombra de los plátanos del Iliso, bajo los arcos del Pórtico, se reunian los filósofos mas célebres de todas las diferentes escuelas; en su tribuna resonaba el acento de los oradores sin rival hasta el dia; artistas á quienes se trata de imitar en vano alzaban para su gloria el Parthenon; sus escuadras dominaban las islas y el mar, y generales escelsos, citados siempre cual dechado de patriotismo, estaban á la cabeza de sus ejércitos orgullosos por sus victorias sobre las innumerables huestes del Gran Rey. Nada faltó á la capital del Atica sino el conocimiento del verdadero autor y principio de la sabiduría; pero esta ignorancia fué bastante para sumergir á sociedad tan ilustrada en los conocimientos humanos, en el lodazal supersticioso y grosero de que vamos á examinar alguna parte, aunque sin detenernos á profundizar los misterios en que fundaban su empeño de reducir á sistema precisamente lo mas incierto que hay en la naturaleza.

Los augures autorizados por la república solian ejercer las funciones de su ministerio en medio de la plaza. Sentados en una silla de forma estrana y destinada para este uso, cubiertos de luenga vestidura blanca y adornada la cabeza con brillante corona de oro, escribian en unas tablillas todas las circunstancias relativas al vuelo y canto de las aves, á su especie y modo de aproximarse, pues eran otros tantos indicios que debian dar á conocer si los dioses se manifestaban adversos ó propicios en favor de los negocios públicos.

Algunas prácticas de auguración exigian costosas y solemnes ceremonias, y por lo tanto inspiraban mayor confianza y se las estimaba en mas alto grado; pero habia otras de tan reducido precio que se hallaban al alcance de todas las fortu-

nas, logrando así, tanto pobres como ricos, adivinar los sucesos futuros.

Suponian á toda la naturaleza dotada de una facultad profética, y de aquí resulta que cuanto vemos ó oímos puede explicar el secreto de nuestra suerte, y viene á ser por consiguiente objeto de un estudio grave y profundo. De cualquier modo que se nos presente un cuadrúpedo, un pájaro, un insecto, los fenómenos celestes, los movimientos del cuerpo, las súbitas emociones del ánimo, nuestros sueños y propios discursos, contienen presagios ciertos del bien que debe suceder-nos ó de los males que nos amenazan. Si bien estos signos son casi siempre superiores á la inteligencia vulgar, no se ocultan al perspicaz conocimiento de los que hacen de ellos un particular estudio.

Hay una virtud adivinatoria, decian, efecto de la comunicacion inmediata con los dioses; otra que es el resultado de la observacion y producto de la experiencia. Hay personas dominadas por un espíritu ó genio que obra en ellas violentamente, sirviéndose de su ministerio en cuantas respuestas da y en cuantas cosas adivina. Hay otras cuyo cuerpo queda aletargado ó insensible, mientras su alma libre de las trabas de la prision material, recorre las inmensas regiones del cielo y la tierra y conversa libremente con los dioses y los héroes, sacando de tan sublime trato las luces necesarias para responder á todas las cuestiones.

He aquí remontándonos á las ridiculeces de la filosofía pagana, los supuestos fenómenos del magnetismo animal, que por desgracia hemos visto llegar hasta nuestros dias.

Se citan muchas personas que han dormido de este modo durante un siglo, y tambien el ejemplo de un tal Hermodoro que tuvo la imprudencia de abandonar su cuerpo en manos de sus enemigos en una de estas sabias distracciones, los cuales abusando de las circunstancias destruyeron la casa mientras el dueño estaba fuera.

No se verificaba en Atenas negocio de mediana importancia sin estudiar el vuelo y canto de las aves; método el mas acreditado para vaticinar el porvenir. En la eleccion de magistrados, la convocacion de las asambleas populares, la salida de las escuadras y ejércitos y las determinaciones mas graves de la guerra y de la paz intervenia la ciencia de los augures: en una palabra, la república no tomaba ningun acuerdo sin consultarles.

Aunque este sistema era el mas general y solemne, habia, sin embargo, otros varios que tambien se hallaban admitidos. Se daba gran importancia á los relámpagos y demás meteoros, y el movimiento de los ojos y las palpitaciones del corazon se colocaban en la clase de los pronósticos sagrados. Un estornudo que Temistocles oyó á su derecha cuando estaba ofreciendo el sacrificio dió á este general el primer anuncio de sus victorias contra los persas. Esta circunstancia, insignificante por sí misma, comenzó la victoria de Salamina, inspirando á los atenienses una ciega confianza, aunque tambien debemos convenir en que la lechuza que fué á posarse en el mástil del navio almirante, contribuyó mucho á enardecer el ánimo de los griegos, pues éste pájaro que en todas partes es de mal agüero, es tenido en Atenas por el presagio de la dicha.

El gran filósofo Sócrates tenia la debilidad de creer que un estornudo era el aviso de su genio familiar.

Los sacrificios eran tambien un recurso á que se apelaba para conocer la voluntad de los dioses. En un principio estaban reservados para las ocasiones importantes, pero con el tiempo se valian de ellos aun en los sucesos mas comunes de la vida, como un viaje, un sueño ó una enfermedad. Los presagios felices dependian del estado en que se hallaba el corazon, el hígado y los pulmones de

la víctima, por lo cual se examinaban con sumo cuidado estas diferentes partes. También se atendía al chisporroteo del incienso y á la manera de elevarse el humo: ni aun se olvidaba la cola del animal. Si estaba retorcida, el negocio era difícil; si caída era señal de catástrofe y de desgracia; si levantada prueba segura de buen éxito.

Cuando la víctima caminaba con desembarazo al lugar del sacrificio se tenía por mal agüero. Para conocer su intención ponían una espada sobre sus lomos; si en vez de asustarse movía la cabeza como en señal de aprobación (lo que se lograba echándola un poco de agua en la oreja) sacaban en consecuencia que la ofrenda era agradable, y que el éxito sería feliz. Los atenieses daban á este indicio tan grande importancia que en tiempos desgraciados erigieron altares en el paraje mismo en que se detuvo el animal consagrado, y se recordó por muchos años á un toro feroz que rompiendo la cuerda se escapó de diez hombres que le sujetaban, para seguir mansamente á la vieja sacerdotisa al lugar del sacrificio.

Se ofrecían solemnes antes de una batalla, y en estas ocasiones adornaban á las víctimas con cintas y guiraldas de flores, y también solían llevar doradas las astas. Primero que combatir á pesar de los auspicios contrarios, hubieran los griegos arrojado sus escudos sometiéndose al enemigo por no hacerse reos de impiedad y desobediencia á la voluntad de los dioses. En una circunstancia semejante acobardado el ejército de Pausanias, estuvo á punto de ser vencido por Marodonio, mas los presagios cambiaron de pronto y exaltado el valor de los helenos derrotaron completamente á los persas.

En tan lastimoso estado se hallaban los espíritus en la época mas floreciente de la Grecia, por el año 3575 del mundo, olimpiada 87, cuando Pericles dominaba en Atenas, embelleciéndolo todo con su poderoso genio. Si nos hubiésemos remontado á tiempos algo anteriores, el mas grosero fanatismo hubiera dejado lugar á lo sangriento y bárbaro.

Atendiendo á lo dicho, vemos que la filosofía no es preservativo eficaz contra la débil superstición, pues los griegos y romanos eran bastante filósofos, y sin embargo, la historia de sus extravagancias morales no es menos fecunda que la de los otros países. Si hemos de creer á Jenofonte, Sócrates pensaba que la adivinación era un arte enseñado por los dioses; consultaba con la mayor gravedad al oráculo Delfico y aconsejaba á sus oyentes que hiciesen lo mismo. Ciceron echa en cara á los filósofos el haber contribuido mas que nadie á estraviar en esta parte el sentido comun.

La religion cristiana, siempre sabia y civilizadora, condena toda clase de adivinaciones. Moisés las proscribió sin exceptuar ninguna. Llenos están los libros sagrados de anatemas contra ellas, y además son muchos los decretos de los concilios y pasajes de los padres de la Iglesia que cooperan al mismo objeto. En lo antiguo los patriarcas consultaban la voluntad de Dios, mas no emplearon para este fin ninguna clase de augurios. Aun sin esto la historia de la Creación, la creencia en un solo Dios y una sola Providencia que todo lo abarca, debe preservar á los verdaderos cristianos de tales errores.

Fortalecidos nuestros antepasados con la santa enseñanza del cristianismo, consiguieron adquirir una voluntad tan firme, que á su alma poderosa é independiente no era capaz de conmoverla ni el cielo ni el infierno, segun aquel magnifico soneto, joya de la poesía castellana.

No me mueve, Señor, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Otro documento habremos de insertar, cabalmente del período en que se lamenta la ignorancia general de la España, su falta de cultura, su aislamiento del progreso comun, su poco gusto por las ciencias filosóficas, y ¡qué sé yo cuantos horrores mas!

Uno de los galanes en la famosa comedia *La Dama Duende*, de don Pedro Calderon, sostiene con su criado el diálogo siguiente:

DON MANUEL. El juicio podré perder,
Pero no, Cosme, creer
Cosa sobrenatural.
COSME. ¿No hay duendes?
DON MANUEL. Nadie los vió.
COSME. ¿Familiares?
DON MANUEL. Son quimeras.
COSME. ¿Brujas?
DON MANUEL. Menos.
COSME. ¿Hechiceras?
DON MANUEL. ¡Qué error!
COSME. ¿Hay súcubos?
DON MANUEL. No.
COSME. ¿Encantadoras?
DON MANUEL. Tampoco.
COSME. ¿Mágicas?
DON MANUEL. Es necesidad.
COSME. ¿Nigromantes?
DON MANUEL. Liviandad.
COSME. ¿Energúmenos?
DON MANUEL. ¡Qué loco!
COSME. ¡Vive Dios que te cogí!
DON MANUEL. ¿Diablos?
COSME. Sin poder notorio.
DON MANUEL. ¿Hay almas del Purgatorio?
COSME. ¿Qué me enamoren á mí?
DON MANUEL. ¡Hay mas necia boberia!
COSME. Déjame que estás cansado.

Compárense las ideas emitidas en los versos anteriores por un caballero del tiempo de Felipe IV con las reverenciadas por los famosos y admirables griegos contemporáneos de Pericles, y dígase luego bajo la influencia de cual doctrina se podrian formar héroes verdaderamente dignos de la inmortalidad.

DIONISIO CHAULIÉ.

TROVA Á UN NIÑO.

Entre risa y flores, vienes
Á este mundo seductor,
En cuyas puertas te aguardan
La esperanza y la ilusión.
Detén un punto tus pasos,
Y oye la solemne voz
Que sale de un pecho, docto
En la ciencia del dolor.

I.

«Niño, la grata hermosura
Que tanto al mortal ufana,
Flor de efimera frescura,
Muere con la noche oscura
Aunque nace en la mañana.
«Ay de ti si en la belleza
Tu bien cifras anhelante!
Marchitando su pureza,
La vejez, que pronto empieza,
Surcos hará en tu semblante.
«¿Qué dirá tu fé perdida
Cuando en su cristal la fuente
Te haga ver estremecida
Faltos tus ojos de vida,
Las canas sobre tu frente?

II.

«Jóven, la terrena gloria
No es de otra gloria trasunto:
Es una dicha ilusoria:
Es del mundo en la memoria
Luz que brilla y muere al punto.
«Triste el que en afán deshecho
Por ceñir sus lauros lidia!
Aquel acoge en su pecho
Un áspid que está en acecho:
El áspid se llama envidia.

«¿Qué pensarás de esa llama
Que el pecho en volcan convierte
Cuando sus fulgores ama,
Si encuentra muerte tu fama
Antes que llegue tu muerte?

III.

«Viejo, la altiva opulencia,
Por más que al mortal deslumbre
Con su nitida apariencia,
Lleva consigo la herencia
De traidora servidumbre.
«¡Ay si á celado tesoro
Tu ánimo rindes al cabo,
De su nobleza en desdoro!
Tendrá la cadena de oro
Pero al fin será su esclavo.
«¿Qué servirá que amontones
Con vil codicia oro y plata,
Ciego en locas ilusiones,
Si la suerte en sus traiciones
Una vez te lo arrebatara?»

Triste llamarás mi trova:
No la llares triste, no,
Que hay para estos desengaños
Bálsamo consolador.
Hay algo que nunca muere,
Y es el alma, hija de Dios:
Ella goza en otro mundo
De bienes que eternos son.

ANTONIO ARNAO.

¿AVANZA O RETROCEDE EN EL CAMINO DE LA CIVILIZACION LA HUMANIDAD?

FANTASIA.

«La mujer del embajador turco, en París, concurre á los grandes saraos y baila! ¿Qué dirán las odaliscas cuando llegue á sus oídos una noticia tan singular? ¿Quiéren los turcos regenerarse hasta el extremo de convertirse en verdaderos europeos?—La antigua Creta, esa patria muy ilustre de Minos, á quien la mitología griega hizo juez de las almas destinadas al Tártaro, quiere anexionarse á Grecia porque Creta forma parte de la gran familia helénica, como las Jónicas. ¿No fueron griegos entrambos, Minos y Ulises?—Un bajá protege á los cristianos del Líbano! ¡*Quantum mutatus ab illo!* ¡Cuán diverso de aquel capitán turco, que despues de haber conquistado á Chipre, manda desollar vivo á Bagradino, á ese desventurado bailio del poderoso leon de San Márcos, á ese bailio, que muere como mártir cristiano, recitando santas y lúgubres plegarias!—¡El istmo de Suez, el istmo de esa pequeña ciudad, que fué la antigua Arsinoe; ese istmo, que separa el Mar Rojo del Mediterráneo, está próximo á desaparecer: los dos mares se unirán, y Calcuta y Bombay no serán ya tierras muy remotas para los europeos! ¡Llegados los viajeros á orillas de Mar Rojo, oirán resonar tal vez en los aires el eco melodioso y patético del gran cántico de la hermana de Moisés, María, que alaba á Jehová libertador de su pueblo, á Jehová, que ha sepultado bajo las aguas á los ejércitos del impío Faraon!.... ¡Ah, la humanidad avanza, y no retrocede!.... Los grandes recuerdos enlazan las generaciones pasadas con las presentes; estas se enlazan con las venideras, y así la indefinida cadena de los acontecimientos humanos sigue su curso, esperando la consumación de los siglos.—Mario derrota á los Cimbrós, á esos pueblos, cuyos progenitores seis siglos antes se habían trasladado del fondo del Asia al Norte de Europa; Mario les vence, y entra en Roma cubierto de laureles.—Varo, infortunado capitán, pierde todas sus legiones, peleando contra los germanos; y Augusto en sus delirios repite el nombre de Varo, y le



dice: «Devuélveme, Varo, mis legiones.» Pero cimbras y germanos se unen é inundan, como un torrente que sale de su cáuce, toda la Europa..... ¡Tinieblas é ignorancia por do quiera!.... ¡Todo el Occidente queda envuelto en un paño fúnebre!.... ¡El coloso romano se ha convertido en un cuerpo exánime!.... ¡No existe ya la grandeza de la ciudad latina, no existen sus Césares!.... ¡La humanidad ha retrocedido!.... ¡Lastimoso engaño!.... Así como en la oscuridad del seno materno se forma el embrión de seres nuevos y desconocidos; en las tinieblas de la barbarie se maduran los gérmenes de una civilización nueva.—Descubro en el fondo de un nebuloso horizonte una cruz que despide luminosos rayos; pero ¿en dónde está el Crucificado?.... ¡Ah, el Hombre-Dios, ese Redentor de nuestras culpas, ha subido al cielo y nos ha dejado su cruz para que nos sirva de pendón y nos lleve por la senda de todas las virtudes sociales, cuya fuerza civilizadora, muy superior á la griega y romana, es perenne é indestructible!.... ¿Qué voz tan misteriosa es esta que yo oigo?.... ¡El Gran Pan ha muerto!.... ¿de dónde ha salido esta voz?.... Giro los ojos en mi derredor y no veo mas que las olas argentadas de un mar plácido y sereno y campos vastos y solitarios.—¡Ah, Pan era el Dios *Naturaleza*, adorado bajo varias formas por los gentiles!—Sí, el gran Pan ha muerto, porque la ley de gracia, que ha franqueado al hombre las puertas de la mansion celeste, ha destruido el culto de los ídolos.—Las ciencias y las letras en el mundo pagano eran el reflejo mezquino de las criaturas y de sus vicios abominables y repugnantes: habia dioses adúlteros, incestuosos, naturalmente malignos.—En el mundo católico no se pierde nunca de vista la gran idea de un Dios único, creador de todas las cosas y guiado por el principio de su inmutable y eterna justicia.—Pero este globo en que habitamos está poblado todavía de hombres muy singulares: unos magnetizan; otros evocan á los espíritus, éste ambiciona destinos honoríficos; aquel acumula tesoros. El sábio sueña con la posteridad; el ignorante no desea mas que satisfacer sus caprichos y deleites groseros. Unos dicen que este siglo es todo mercantil, y que tiende al positivismo; otros creen que las ciencias y las letras han recibido de la filosofía moderna un tinte nebuloso y muy abstracto.—Los ferro-carriles, los vapores, los telégrafos eléctricos, los cables submarinos, son todas invenciones y mejoras de mucha utilidad mercantil; pero ¿no son al propio tiempo el producto de largos desvelos y de elucubraciones profundas? Son el positivismo en acción; pero ¿no han necesitado el apoyo de la ciencia, y la sutileza de ingenio que se adquiere con los estudios filosóficos?—Alejandro Magno dijo en su lecho de muerte: «Quisiera resucitar despues de dos siglos para saber el fallo de la posteridad sobre los hechos de mi vida.» ¡Deseo dictado por un vano egoismo! Yo quisiera volver al mundo al cabo de cinco siglos para ver si se han realizado las grandes reformas que la humana raza apetece.

¿Llegará el día en que recordarán las generaciones futuras con dolor y tristeza, los desmanes de sus progenitores? ¿Llegará el día en que la cuchilla del verdugo no será mas que la dolorosa reminiscencia de los grandes crímenes, que han afligido á la desvalida humanidad? ¿Llegará el día en que nuestros tardos nietos disfrutarán los inestimables beneficios de una paz duradera?—Rechazo los ensueños y delirios de los Milenarios, pero confío en el progreso de las luces; y el perfeccionamiento indefinido y sin límite de nuestra estirpe, cuya inteligencia es un destello divino, alimenta mis esperanzas, y da fuerza y vigor á mi abatido espíritu.—Sí, la humanidad mejora, y con el transcurso de los siglos adelanta y se regenera.—La moral y la historia desmienten las doctrinas

desoladoras de Hobbes: el hombre no es naturalmente malvado, ni ha nacido para vivir en sangrienta y perpétua lucha, como ese filósofo supone.—Los hombres mas perversos llevan estampados en el fondo de su corazón los principios de la eterna justicia. «¿Podría existir y fraternizar, dice el Estagirita, una banda de salteadores, si mutuamente rebeldes á la buena fé y al desinterés, se propusieran apelar unos contra otros al fraude y al engaño?—Ciertamente que no.—Este ejemplo, digno del gran Aristóteles, destruye todos los sofismas de Hobbes, de ese filósofo ruin.—El hombre no es esencialmente egoísta, como dice Helvecio, cuyas obras tienden á convertir en frío mármol los corazones mas tiernos y efectivos ¿qué egoísmo abriga en su pecho un padre amoroso que lo sacrifica todo para el bien de sus queridos y amados hijos?—El hombre no ha nacido para la guerra; el hombre no es siempre egoísta.—La verdadera civilización no estingue ni apaga los sentimientos religiosos, ni sofoca los gritos de la conciencia. Confiados, pues, en el progreso de las luces, que sirven de base á los adelantos de la humanidad, no vacilamos en afirmar que con el transcurso de los años mejorará el estado político y moral de las generaciones futuras.

SALVADOR COSTANZO.

AMOR FILIAL Y CARIDAD HUMILDE.

Un domingo por la tarde cierto joven llamado Roberto, estaba sentado en un bote junto al muelle en el puerto de Marsella, esperando hacer algun viaje. Una persona entró en él; pero como observase el aire agraciado del muchacho y la limpieza del barquichuelo, estuvo á punto de salirse pensando si sería el bote de recreo de algun particular: Roberto la llamó diciendo: «Señor, mi bote se alquila; ¿dónde desea vd. ir?—Solo deseo, contestó el desconocido, pasear cerca del muelle para gozar de la frescura de la brisa en esta hermosa tarde; pero no puedo creer que vos seais marinero.—Ciertamente que no lo soy, dijo Roberto; pero los domingos y otros dias festivos me coloco aqui para alquilar este bote, porque tengo precision de ahorrar una cantidad de dinero.—¿Qué, exclamó el caballero, ¿ha fructificado ya en tu espíritu la semilla de la ambicion?—¡Ay, señor! replicó el atribulado Roberto, si supiérais el objeto con que pretendo ahorrar esa cantidad, estoy seguro de que no me vituperaríais.—Bien; puede que me haya equivocado; conduceme hácia el puerto y vesme refiriendo tu historia.» Abandonaron el muelle, y entonces empezó Roberto esta relacion: «Señor, mi padre gime en la esclavitud en este momento en Tetuan; era corredor aquí, y con su honrada industria mantenía decorosamente á su familia. Por desgracia se embarcó para Smirna con objeto de inspeccionar la entrega de un cargamento, en el cual estaba interesado; el navío fué apresado por un corsario de Berbería, y mi pobre padre tiene que permanecer en la esclavitud hasta que yo pueda obtener una suma suficiente á pagar su rescate, que los berberiscos han fijado en 2,000 coronas, cuya cantidad es superior á nuestros escasos medios; sin embargo, hacemos todo lo posible para conseguirlo y confiamos en que la Providencia secundará nuestros esfuerzos. Mi madre y mi hermana trabajan dia y noche bordando; yo soy aprendiz de joyero y aparto todos los *sous* que puedo de mi jornal. Intenté escaparme á fin de ir á ofrecerme como esclavo en lugar de mi padre; pero mi madre me rogó que no la abandonase, temiendo que los moros se quedasen con ambos, y además de esto suplicó á todos los capitanes de los buques que se negasen á recibirme á bordo. De

consiguiente, no me queda mas medio que el de ahorrar dinero, con objeto de reunir la suma estipulada cuanto antes. Tal es mi desdichada historia: ahora creo que no me acusareis de avaro.—¿Y procuras, dijo el extranjero, adquirir noticias frecuentes de tu padre? ¿Cuál es su nombre? ¿Quién es su amo?—Su amo, contestó el muchacho, es sobrestante del jardín del palacio de Fez, y mi padre se llama Roberto.»

Habiendo escuchado la historia, y como empezase á anochecer, el pasajero quiso desembarcar. Al salir del barquichuelo puso en manos de Roberto un bolsillo que contenia ocho doblones en oro y cien coronas en plata.

Unas seis semanas despues de esta aventura, Roberto, su madre y hermana, estaban tomando un poco de pan y fruta, en lo cual consistia su frugal cena, y hablaban del generoso extranjero, calculando cuanto tiempo habria transcurrido hasta que se hubiesen hallado en el caso de poder rescatar á su padre; cuando de repente éste abrió la puerta y entró en la habitacion, con inexplicable alegría y sorpresa de todos. Despues de abrazar tiernamente á su familia, preguntó porque medio habian llegado á procurarse el dinero para su rescate en tan breve tiempo, á la vez que la cantidad que le fué remitida para recurrir á sus perentorias necesidades y pagar su pasaje hasta Francia. Unos á otros se miraron con recíproco asombro; el padre de Roberto se alarmó y dirigiéndose á él le dijo: «Infeliz muchacho, ¿qué has hecho? ¿He comprado la libertad á costa de mi integridad? Mejor hubieses obrado con dejarme en la esclavitud hasta el fin de mis dias.—Querido padre, desecha ese temor, dijo Roberto abrazándole. No soy tu libertador, pero creo conocer al que lo ha sido.» Entonces refirió la historia del extranjero que con tanto interés habia averiguado la situacion de su padre, y prometió que no suspenderia sus pesquisas hasta haber descubierto á su generoso bienhechor.

Un dia le halló en el muelle; inmediatamente le saludó, llamándole el ángel tutelar de su familia y suplicándole que fuese á contemplar la felicidad que habia labrado. El extranjero aparentó seguir al muchacho; pero al pasar por junto á la Bolsa desapareció entre la multitud y Roberto ya no le volvió á encontrar. Sin embargo, mas tarde supo que aquel hombre caritativo no era otro sino Montesquieu.

(Histórico: traduccion del inglés.)

J. D. SERVET.

FILOSOFIA AL PORMENOR.

APUNTES PARA UN ARTICULO.

Voy á escribir un artículo sério.

Mas bien dicho, voy á mojar la pluma, y veremos que sale del fondo de mi tintero.

Grave, mesurado, reflexivo es el tema que me ocurre y como nunca me he vuelto atrás en mis empresas, paso adelante, mal que se estremezcan en sus ignoradas tumbas las sombras de Platon, Aristóteles, Zenon y Epicuro.

Así como quien nada hace, me meto de rondon en un campo, inculto á pesar de que muchos lo cultivan, y del que voy á cosechar algo que no fastidie al lector.

Voy á hablar de la filosofía aplicada á la vida, al materialismo de la existencia.

A mis lectores les habrán dicho, ó ellos quizás á otros las acostumbradas frases de *filosofía, amigo mio, filosofía; tenga vd. filosofía, ó sea vd. filósofo. ¿Qué significa esa palabra en boca de todo el*

mundo. cuando la generalidad ignora hasta quien fué su inventor?

Eso es lo que vamos á ver.

La sociedad del siglo XIX está montada eléctricamente.

Todo en ella es fugáz, pasajero, momentáneo; hasta los deberes, las afecciones, las creencias.

Todo vive un corto espacio de tiempo, despues desaparece, se olvida, se borra como se borra de nuestra vista la rápida y deslumbradora luz de una exhalacion atmosférica.

La vida sembrada de escollos, de contrariedades, de obstáculos, nos hace apurar la amargura del desengano la hiel de la decepcion, y solo en esas ocasiones es cuando se despiertan en nuestra alma los sentimientos íntimos, los verdaderos sentimientos que adormecen el insensato halago de un mundo engañador, de una sociedad hiperbólica que guarda su correspondiente leccion para cada uno.

Entonces puestos frente á frente con nuestras penas, analizamos la situacion, y solo oímos á los confidentes de nuestros dolores, que tal vez fueron nuestros compañeros en el placer, las poco consoladoras palabras; *filosofía, amigo mio, filosofía.*

Y el hombre perdiéndose en un dédalo de reflexiones, inoportunas las mas veces, cae en el abatimiento que es el preliminar de la espacion.

Y todo ello por no haber acudido con tiempo á la *filosofía.*

¡Qué engañados vivimos los que creemos eso!

En los hábitos del ser físico se retrata el ser moral; en la vida del cuerpo se refleja la del alma. La materia no puede vivir aislada del espíritu; la filosofía preside hasta los actos mas triviales de nuestra vida.

Y, sin embargo, se nos aconseja que recurramos á ella en las situaciones apuradas.

¿Qué otra cosa que idealista es el jóven adolescente á quien ha hecho palpar el corazon la púdica mirada de una niña de quince años?

¿A qué escuela pertenecen los que solo ven en la mujer un instrumento de efimeros placeres?

Lafontaine, uno de los mas ardientes sectarios de Epicuro, ha propagado sus doctrinas, que en el dia cuentan con infinito número de prosélitos, aunque algunos de estos encubran sus prácticas con la capa de la religion, como los mormones.

El sensualismo es la escuela dominante, la que está á la órden del dia.

Desde Luis XIV en Francia, y Felipe IV en España, se ha rendido culto á Laís, llámense estas Marion de Lorme, Ninon ó la Calderona, erigiéndoseles estátuas hasta casi divinizarlas.

En el dia el sensualismo está en su apogeo, es el mal del siglo.

Al comercio del cuerpo, á la prostitucion física, sigue el comercio de las ideas, de los principios, la prostitucion política; el alza y baja de los partidos, otra nueva especie de sensualismo mas despreciable cien veces que el primero; un hijo espureo suyo, adoptado no por Licurgos ó Solones, sino por bajos especuladores de los mercados políticos.

Esos señores, animados de ideas sanas, templadas y de órden procurando la felicidad de los estados, se llaman *Panteístas.*

Con perdon de mis lectores, un amigo nuestro, muy aficionado á ditirambos, lo analiza así: *pan*, el de cada dia; *teos*, presupuesto.

No se crea por eso que los *panteístas* políticos de nuestros dias quieran tener alguna analogía con los *estóicos*. Nada de eso

El estoicismo consiste en la razon sensible, material.

Los *panteístas* políticos dejan lo ideal por lo real y lo *objetivo* por lo *subjetivo*.

Entregados á la vida del espíritu, pasaremos

nuestra idea cuando la materia yace en reposo.

Aquí en este destierro es la escuela espiritua- lista la que menos partidarios tiene, porque vivir de aire solo hacerlo pueden los que no son la obra perfecta de la creacion.

El bípedo hombre se alimenta de otras cosas que cuestan dinero y algo mas, y solo tiene gratis las ilusiones, aunque por ser ya tan finas ó impalpables como el tul que lleva su nombre, se van suprimiendo.

La poesia, que eleva el alma á etéreas regiones, tiene mas contacto con la escuela espiritua- lista, aunque aconfece algunas veces á nuestros modernos trovadores dedicar su inspiracion á objetos mas ó menos elevados en la esfera social que les unen en íntimo consorcio con las otras escuelas. Ovidio tiene hoy mas admiradores que Marcial y Catulo; Espronceda mas lectores que Ariosto y Tasso.

La poesia de la vida ha desaparecido, no queda de ella mas que el nombre. La costumbre y el instinto nos hacen que la amemos, que la encontremos bella; pero la verdad es que el astío mas grande de nuestra vida es nuestra vida misma.

En ella tropezamos con ese ente inesplicable, con ese *no sé qué* que nos fastidia, nos aburre, nos abruma y nos hace estallar cuando nos despojamos del vestido público.

La poesia que divinizaba á la mujer ha desaparecido tambien confundida por la crinolina, la tohalla de Venus y todo el arsenal de postizos. Al dejar de ser eso un misterio, nos ha presentado á la mujer convertida en una mentira. Y, sin embargo, el hombre ama la mentira porque ama á la mujer, sea como quiera.

Pero si ésta representa una cifra así como medio millon, por ejemplo, la ama mas, porque entonces la mujer ya no es una mentira, es un capital, y el capital da un tanto por ciento.

Esa es la filosofía utilitaria. El *contigo pan y cebolla* de nuestros abuelos ha muerto, como los ferro-carriles han muerto las diligencias, como los *tés bailables* han abolido las partidas de lotería y béciga.

¡Qué le haremos, así marcha el siglo!

Guiado por ese faetonte que quieren que se llame filosofía y que cada uno define y comprende á su modo, porque todos somos filósofos, todos queremos plantear nuevas escuelas, y á tontas y á ciegas vamos volviendo al pasado marchando siempre al porvenir.

Invocamos la filosofía, la recetamos como remedio de todos los males, y decimos lo que aquel: «Justicia, pero no por mi casa.»

¡Qué de cosas no diríamos si dejáramos correr la pluma! Mas nos separamos demasiado del árido campo en el que en vez de cosechar hemos solamente espigado; pero no espigas como Ruth, sino ortigas que punzan, abrojos que al tocarlos enrojecen nuestra epidermis, y que con el nombre de filosofía necesitamos aplicárnoslos á nuestro entendimiento para que, haciendo las veces de cilicio, nos contengan en nuestra procelosa carrera.

De otra manera, si la filosofía aplicada á la vida no ha de ser mas que una vana palabra, de poco nos servirá el engalanarnos con el título de filósofos.

La paz del alma, hija de una conciencia pura, que era la norma de los filósofos de la antigüedad, debe ser siempre el móvil de los que admitan sus doctrinas, ó, cuando menos, al seguir el progresivo desarrollo material del siglo, procuremos sea un hecho evidente la fraternidad entre los hombres, predicada por los filósofos y por el mismo Jesucristo.

De ese modo es como la filosofía podrá ser una ciencia eminentemente social, porque en ella recaerá la unidad, que constituye la fuerza, y estando

ésta bien basada el progreso es estable y verdadero.

Aunque el egoismo nos haga desconocer en mas de cuatro ocasiones la irregularidad ó inconveniencia de nuestra conducta, la filosofía debe enseñárnoslo, y si comprendiéramos bien lo mismo que tratamos de explicar á los demás, antes de dar consejos á nadie los tomaríamos por cuenta propia, y con ello ganaríamos lo que queríamos dar á ganar á otros.

El hombre es poseedor de un capital que las mas veces derrocha sin provecho suyo ni ajeno.

Esto resume todo cuanto podríamos decir aun.

Para terminar estos apuntes transcribiremos una reflexion del célebre autor de las *Meditaciones*.

«El hombre, limitado en su naturaleza é infinito en sus aspiraciones, es un dios caído que se acuerda de los cielos, ya sea que desheredado de su antigua gloria conserve el recuerdo de sus destinos perdidos, ya que la inmensa profundidad de sus deseos le presagie de lejos su futura grandeza.»

* SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

ACCIDENTE

OCCURRIDO EN EL CAMINO DE HIERRO CERCA DE SAINT-MAIXENT.

Todos los periódicos han dado cuenta del accidente ocurrido el 4 de setiembre, en el camino de hierro del Niort á Saint-Maixent. Nosotros presentamos hoy una vista del paraje donde ha ocurrido la catástrofe, segun el croquis tomado un dia despues del suceso.

El accidente ocurrió el dia 4 por la tarde en el camino de hierro de Niort á Saint-Maixent. El tren correo que salió de Niort á las 7 y 41 minutos, atravesó la estacion de la Creche y dejó el valle de Santa Neomaya, pero habiendo llegado entre los postes 392 y 393, es decir, á 1,500 metros de Saint-Maixent, descarriló.

Este accidente vino á verificarse en medio de las circunstancias mas desgraciadas, que han contribuido á hacerle aun mas terrible.

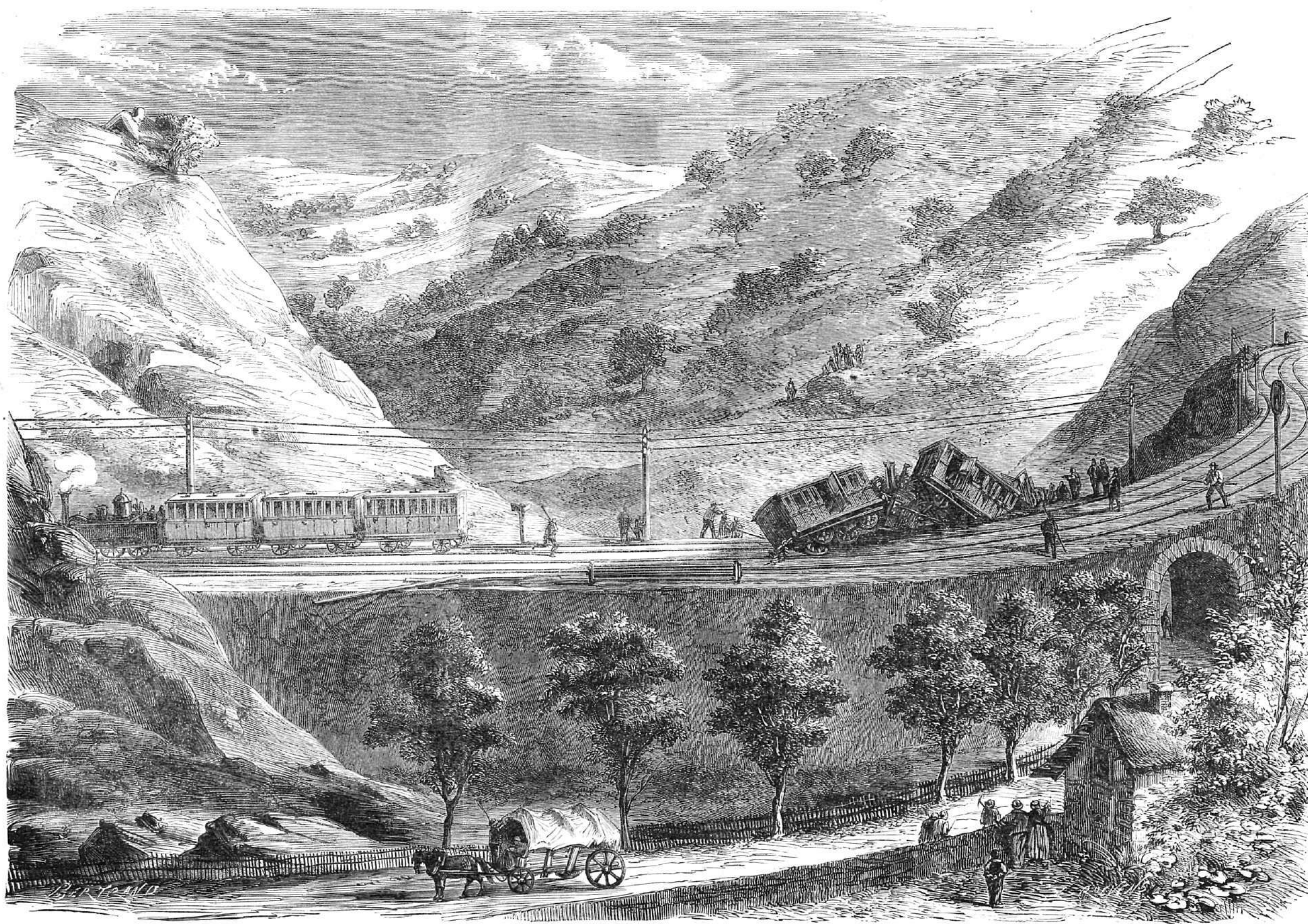
El tren que caminaba en toda su celeridad, se componia de diez wagoes. Al llegar cerca del disco situado á unos 100 metros de Saint-Maixent, en la falda de un valle muy profundo, y en una curva muy pronunciada, la locomotora y los tres primeros wagoes la atravesaron, pero el cuarto descarriló. Cayó en una hondonada cuya profundidad tiene cerca de 6 metros, llevándose detrás los otros cuatro wagoes que cayeron los unos encima de los otros amontonándose hasta encima de los tejados. Los dos últimos wagoes encontraron por punto de apoyo este monton de wagoes y permanecieron en la via.

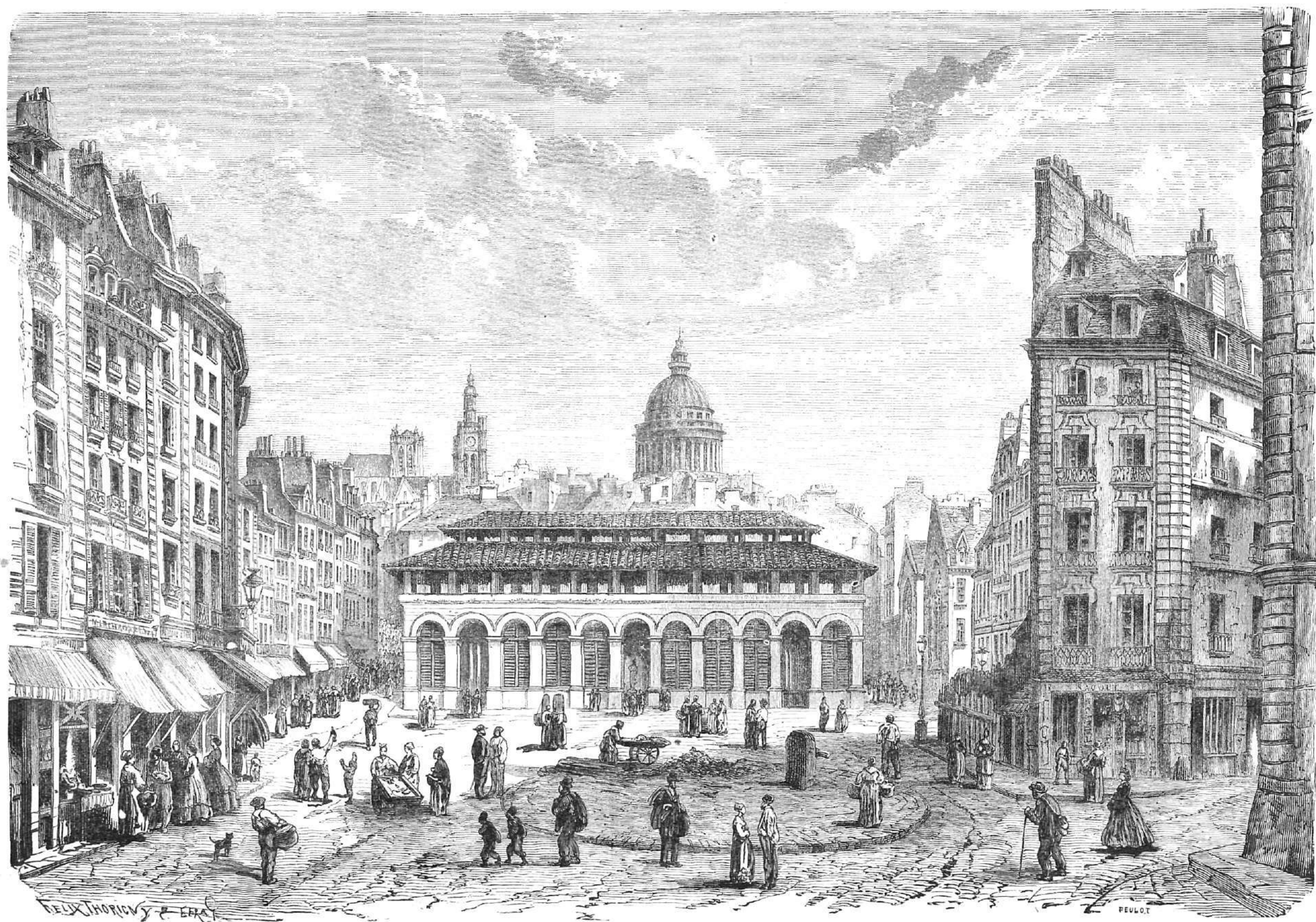
La locomotora se detuvo. Los viajeros colocados en los wagoes, que no fueron precipitados en la hondonada, se apresuraron á llevar socorros á los desgraciados que se encontraban en tan peligrosa situacion. Se abrieron las portezuelas, se sacaron los heridos, y se trasladaron los muertos. En fin, todo el mundo desplegó la mas grande energía y la mas grande abnegacion.

Éran las ocho y media de la noche cuando sucedia este lamentable siniestro.

Se cuentan siete muertos y unos veinte heridos. Debemos añadir, que en esta dolorosa circunstancia, los campesinos de Orleans han hecho todo cuanto estaba en su mano poder hacer para dulcificar, en cuanto les ha sido posible, las funestas consecuencias de esta desgracia irreparable.

M. V.





DELIX THORICV & ERAT

PEULOT

Num 6

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuacion.)

XIV.

—¿Qué nuevas tenemos? preguntó Bathilde.
—Excelentes, respondió Dolowiske sin dejar de escribir; querían fusilarme.... á mí.... á Pedro Dolowiske.

—¡Cielos! exclamó Bathilde.

—Como lo oyes, prosiguió Dolowiske; pero merced á las notas que escribo en este momento al virey, soy yo el que tendré la honra de castigarlos.

—¡Cómo! exclamó Bathilde sobresaltada. ¿A Belgrano y á sus amigos?

Dolowiske, levantó la cabeza y respondió:

—¿Quiéres, por ventura que sea yo?... prefieres que....

—¿Vos, tío mío?... Oh, no... pero...

—No hay otro medio; es necesario decidirse; la suerte está jugada.

Y escribiendo de nuevo decía:

—Sorprender los conjurados, cerrar el puerto. ¿Pero cómo dar cuenta al virey? ¿cómo poner en sus manos estas indicaciones?

—Eso será cosa imposible, dijo Bathilde con alegría

—Con efecto; es cosa imposible alejarnos ahora sin hacernos sospechosos.

En este momento oyeron la voz de Guaicolea, que hablaba fuera de la estancia, y Dolowiske, levantándose repentinamente de su asiento, exclamó lleno de gozo:

—¡El secretario privado!... ¡ah!... ¡El cielo le envía!

El edecan penetró en la habitación diciendo:

—Lo que únicamente quiero, es pagar al dueño de la hostería lo que se debe. La señora y nosotros vamos á partir en este momento.

—¡Caballero! dijo Dolowiske llamando á Guaicolea.

Este se volvió diciendo:

—¿Quién me llama?

—Yo, repuso Dolowiske; permitid que os diga dos palabras.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo el edecan reconociendo á Dolowiske.

—¡Silencio! contestó éste mirando á todos lados.

—¿Qué sucede? preguntó el secretario un tanto confuso.

Y Dolowiske prosiguió:

—Lo habeis echado á perder todo reconociéndome.

—¿Qué decis? repuso el edecan. ¿Qué significa eso de echar yo á perder... yo...

—Sí, continuó el alemán; habeis hecho una solemne tontería.

—¿Yo?...

—¿Eso os sorprende? preguntó Dolowiske.

—Un poco, dijo el edecan con cierto aire de altanería.

—Sin embargo, añadió Dolowiske; estamos á tiempo y podeis reparar el error.

Entregándole el papel que habia escrito, proseguía:

—Ahora mismo vais á entregar esta carta al virey.

—¿Yo? exclamó Guaicolea retrocediendo; Dios me libre de... se me figura que os permitís darme órdenes, que...

—Yo os aconsejo, continuó Dolowiske con acen-

to agitado, que hagais lo que os digo inmediatamente, si es que teneis cariño á la vida.

—¿Qué? preguntó Guaicolea sofocado; ¿que si tengo cariño á la vida?.... Yo lo creo.... ¿Qué sea necesario venir á este país para oír semejantes cosas!

Y tomando la carta que le entregaban añadió:

—Lo haré como lo decis.

Bathilde, le detuvo en la puerta y dijo:

—Caballero....

—¿Señora? respondió Guaicolea volviéndose.

—Sí, es verdad, interrumpió Dolowiske; traedme la respuesta del virey, y añadidle que esta noche se recibirán las últimas indicaciones, partid; no os detengais.

—Yo no comprendo nada de esto, decía Guaicolea dando vueltas por el aposento, con el papel en la mano. Hé aquí, un secretario, todo un secretario privado de un virey, convertido en estafeta; esto es original. En fin, yo estoy en todos los secretos, y sin embargo, no sé ninguno.

Dolowiske, empujándole hácia la puerta decía:

—Basta de reflexiones; no os detengais, que vienen.

Y dirigiéndose en seguida á Bathilde, añadió:

—Y tú, vuelve á tu habitación.

Bathilde, obedeció, y exclamó en el momento de ausentarse:

—No hay esperanza; todo está perdido... ¿Por qué le conocí, Dios mío?

Poco tiempo estuvo solo Dolowiske, pues muy pronto se vió acompañado de Belgrano, de Vedia, y de varios oficiales americanos, que esta vez aparecieron vestidos de uniforme y ciñendo sus espadas.

—Venid, amigos míos, dijo Belgrano á todos los que le seguían. Cerrad las puertas, y que algunos de los que nos acompañan vigilen los alrededores de la casa.

Varios de los oficiales se ausentaron, sin duda para poner en cumplimiento aquel mandato Belgrano, llamó á los que habian quedado, y colocándose en medio de todos ellos, dijo con acento conmovido:

—Gracias al cielo el momento ha llegado, y todo parece que contribuye á favorecer nuestros designios.

Seguidamente, cogió la mano de Dolowiske, y presentándole respetuosamente á sus compañeros, prosiguió:

—Hé aquí á este generoso norte-americano. Al frente de una juventud deseosa de combates y de gloria, no ha vacilado en atravesar los mares para compartir con nosotros los peligros; mostrémonos dignos de tan noble interés; rompamos nuestras cadenas.

Los oficiales, correspondieron á esta arenga con sordas aclamaciones.

—¿Qué decis de esto? preguntó Belgrano á Dolowiske apretándole la mano.

—¿Qué quereis que diga? respondió el alemán; que soy muy dichoso al ver que se me presenta una ocasion en que poder derramar mi sangre por una causa tan noble y tan santa.

—¡No perdamos tiempo! interrumpió Belgrano.

Y dirigiéndose á uno de los oficiales continuó:

—Mientras que tomamos las últimas disposiciones, haced que á las cinco esté encendido el farol de Barracas; esa es la señal convenida para que acudan todos á San Juan de Flores.

Y Dolowiske apuntaba en su cartera: «El farol de Barracas.»

Belgrano, llamando á parte á otros dos oficiales, les decía:

—Vosotros situaos con vuestra gente á la espalda del Parque.

Y Dolowiske apuntaba: «A la espalda del Parque.»

—Que no se pierdan los momentos, que son pre-

ciosos, proseguía Belgrano con extraordinaria agitación; y dirigiéndose al alemán añadió: Baron; vuestra gente debe estar dispuesta para desembarcar, y voy á indicaros el punto mas favorable.

Luego tomando de la mano á Vedia añadió:

—Tú, Vedia, mientras que yo visito los puestos y las avanzadas, me esperas en mi aposento, pues tengo que darte algunas instrucciones.

Bajando la voz le dijo:

—Una carta para mi madre, por si yo sucumbo.

Y alzando la voz, exclamó con ademán imponente y majestuoso:

—A las siete, caballeros, es el ataque general.

Y Dolowiske pensaba, mordiéndose las uñas:

—A las cinco estarán todos prisioneros.

—¡Hasta mañana, señores! gritó Belgrano con orgullo.

Y todos respondieron entusiasmados:

—¡Independencia!

Esta exclamacion fué interrumpida con la llegada de Bathilde, á la cual se dirigió Belgrano con apresuramiento diciendo:

—¡Ah! señora; ¿vos estais aquí? compartid con nosotros nuestro contento. Este día es el mas dichoso de toda mi vida.

Y Bathilde temblando contestó:

—Belgrano, mis votos os seguirán á todas partes.

—¡Ah! señora, repuso Belgrano mirándola; hoy mis instantes son contados; pertenecen todos á mi patria; pero mañana.... mañana, tal vez me sea permitido pensar en mí.

—¡Mañana! balbuceó tristemente Bathilde.

En el instante en que la jóven lanzaba esta dolorosa exclamacion, se vió que atravesaban la sala varios criados, cargados de bandejas con dulces y ponche, que llevaban al aposento inmediato.

—¡Amigos míos! gritó Belgrano: entremos para brindar por la felicidad de la América del Sur.

Y tomando la mano de Bathilde añadió:

—Sed nuestro ángel protector; rogad por nosotros, y el cielo os escuchará:

Bathilde fijando la vista en el suelo y dejándose conducir, pensaba y exclamaba entre dientes:

—¡Rogar por él, cuando nosotros le hemos entregado!

La habitación quedó desierta.

XV.

En esta posada habia un aposento reservado para Belgrano, al cual queremos que concurren nuestros lectores. La puerta de entrada daba á un corredor de la hostería; frente á esta puerta habia otra que conducía á un gabinete, y á su lado habia una alcoba. En el centro de la habitación se veía una mesa cubierta de papeles.

Eran las cuatro de la madrugada. Los habitantes de Buenos-Aires dormían, á escepcion de los conspiradores.

La puerta que daba paso al corredor se abrió silenciosamente, y penetró en la estancia que acabamos de indicar una mujer con una linterna en la mano, que puso sobre la mesa. Era Bathilde. Miró á todos lados con inquietud y sobresalto, y dijo con voz ahogada:

—No ha vuelto todavía; le esperaré.

Nadie la escuchaba y podía hablar sola:

—Todo lo sabrá, decía con acento de resolucion.

Luego deteniéndose, reflexionaba:

—Pero, ¿cómo revelarle sin esponer á mi tío á su justo resentimiento? ¡Yo me acusaré; yo diré.... yo no sé nada todavía! No importa ¡qué piense lo que quiera, que me desprecie, que me odie; pero que él se salve!

Luego miró á la puerta por donde habia entrado creyendo sentir ruido de pisadas.

—No es nadie, dijo separándose de aquel sitio y volviendo al centro de la habitación.

Temblaba de hallarse sola en el aposento de Belgrano y á las cuatro de la mañana.

—Es la primera buena acción que hago, decía, y tiemblo.

Se acercó á la mesa, y á la luz que despedía la linterna distinguió una carta comenzada; la tomó y vió que era de Belgrano y dirigida á su madre. Después de haberla leído se dijo:

—También habrá escrito, ó habrá respondido á aquella joven con la cual dice que se ha educado. ¡Qué feliz es en amarle; le he preguntado quien era; he sabido que es la hija del virey; tiene dinero, posición, virtudes. Vino aquí para salvarle, y yo para.... entregarle. ¡Ah, cuando él sepa quien soy! ¿Cuál será el sentimiento que yo deberé inspirarle? No quiero pensarlo.

Separóse de la mesa y se acercó otra vez á la puerta y se puso en ademán de escuchar, creyendo haber oído pisadas; y no se había equivocado. Se acercaban Dolowiske y Vedia. Vaciló un momento, pues no veía el modo de justificar ante ellos su presencia en aquel lugar, y no tuvo más remedio que ocultarse en el gabinete y esperar para salir de él que ellos se hubiesen alejado.

Con efecto, Dolowiske y Vedia penetraron en la habitación.

—Todavía no ha vuelto, entró diciendo Dolowiske.

—Habrá querido visitar los barrios, los puestos avanzados, respondió Vedia. Y á propósito, baron; ¿habeis enviado á bordo?...

—La chalupa ha partido delante de mí, contestó el alemán. Ya vereis, ya vereis trescientos mozos llenos de ardor y de entusiasmo, con sus casacas encarnadas....

—Confieso, interrumpió Vedia, que sin el auxilio de esa gente, el éxito será dudoso. Nuestros americanos están también llenos de ardor y de entusiasmo; pero no están muy ejercitados en los combates.

—¿Y vuestro Dolowiske? preguntó el alemán; ¿y aquellos papeles alemanes?... ¿Habeis sacado algo en limpio?

—Estoy en desgracia, respondió Vedia; no he encontrado aun una persona que entienda el alemán.

Dolowiske sonreía de gozo, y daba gracias al cielo, mientras que Vedia los sacaba de su bolsillo y decía:

—Por mas vueltas que les doy en todos sentidos, no puedo comprender ni una jota.

—Si no es mas que eso, dijo Dolowiske, dád-melos.

—¿A vos? preguntó Vedia un tanto sorprendido.

—A mí, contestó Dolowiske; no recordé al principio.... me olvidé deciros que mi sobrina puede traducir esto perfectamente.

—¿Cómo! exclamó Vedia. ¿Sabe alemán esa preciosa criatura?

—Sí, repuso Dolowiske sonriendo; su marido, el conde de Barnheim, que murió sirviendo al Austria, era de ese país.

Vedia le entregó al momento los papeles, diciendo:

—¡Magnífico! Tomad.

—Vengan, respondió Dolowiske cogiéndolos y guardándolos con diabólica satisfacción.

—Volviendo á vuestra sobrina, querido baron, dijo Vedia, ¿sabeis que es muy bonita?

—Así, así; contestó Dolowiske afectando indiferencia.

—¿Cómo así, así! interrumpió Vedia lleno de fuego. Tiene una fisonomía muy distinguida; mucha gracia, y.... mucho talento.

El alemán comenzó á reír á carcajadas, y dijo:

—¡Qué fuego! ¡Qué vehemencia! cualquiera supondría que.... vaya que....

—¿Y por qué no? interrumpió el joven oficial. Yo la haría de buena gana capitana de caballería.... pero, ante todo, la amistad y la subordinación militar.... Nuestro coronel está enamorado....

—¿Será posible? preguntó Dolowiske.

—No quisiera que lo llevarais á mal, añadió Vedia.

—¿Yo?... De ninguna manera.

—Tiene Belgrano un carácter singular; él, con esa calma, con esa sangre fría, que razona tan bien en el consejo.... pues bien, en el campo de batalla es un diablo, es un león; allí no hay ya cabeza; y al lado de una joven y amable señorita....

—Será lo mismo; interrumpió el alemán sonriendo.

—Como lo decís; pierde la cabeza; no es como yo; es la primera vez de mi vida que le he visto enamorado.... y lo está de vuestra sobrina, y se ha empeñado en ser sobrino vuestro.

—¿De veras?

—Así me lo ha dicho.

—Sin duda ignora nuestra posición.... es decir, nuestra poca fortuna....

—Aunque no tuviérais nada; eso le importa muy poco. Belgrano es uno de los mas ricos hacendados de Buenos-Aires.... «Si, amigo mío, me decía hace algunos momentos; mañana, si triunfamos, si existo, me casaré con ella.»

Y diciendo estas palabras, se acercó á la puerta del corredor y se puso á observar, en tanto que Dolowiske quedó mirando al suelo, y con el dedo índice puesto sobre sus delgados labios, pensaba lo siguiente:

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que yo he hecho? Esto vale mas que todas las recompensas que pueda darme el virey.... ¡Y yo que acabo de entregarle.... ¿Cómo hacer ahora para?...

—¡Aquí está Belgrano! dijo Vedia separándose de la puerta, y acercándose con precipitación á Dolowiske.

Con efecto; acto continuo entró Belgrano envuelto en una capa, de la cual se despojó al entrar, arrojándola sobre un sillón; poco después ponía dos pistolas sobre la mesa.

(Se continuará).

LA VUELTA DE LA BANDERA.

En el cange de prisioneros entre Italia y Austria acaba de verificarse un episodio bastante interesante que ha pasado en Udina, y que el lapiz y el buril han reproducido con mucha exactitud.

En la batalla de Custoza, el abanderado del batallón 44.º de línea cayó muerto al principio de la acción. Dos oficiales que le sucedieron experimentaron la misma suerte durante la batalla, y el cuarto se encontró, al final de la lucha, el único de su batallón que pudo salvarse con cuatro oficiales de su regimiento y un escaso grupo de soldados. Encerrados en una casa donde se habían defendido valerosamente, se vieron obligados á rendirse. Los oficiales separaron la bandera del mástil, que hicieron pedazos y la dividieron en cuatro trozos que ocultaron debajo de sus ropas.

Después de su cautiverio en Austria, en el momento que pisaron el suelo italiano, en la misma estación del ferro-carril, unieron los preciosos pedazos en medio de las aclamaciones de la multitud.

LOS CANDIOTAS.

La isla de Candía, la antigua Creta, que parece que quiere resucitar la cuestión de Oriente, tiene

casi las mismas dimensiones que la isla de Chipre (9,000 kilómetros aproximadamente de superficie), su vecina. Su población se eleva, según una obra publicada recientemente en Atenas, á unos 300,000 habitantes, de los cuales cuatro quintas partes profesan la religión griega, y una quinta parte la mahometana. Según algunas publicaciones inglesas que hemos repasado, la cifra de la población no llega mas que á 200,000 habitantes, de los cuales las dos terceras partes son griegos.

Es muy sensible que no exista en ese país la estadística, para poder fijar nuestras ideas sobre un punto tan importante. Sin embargo, si se evalúan los habitantes griegos de la isla á las cuatro quintas partes de 300,000, es decir, á 240,000, y á mayor abundamiento, si se adopta la cifra inglesa de 138,000 habitantes (esto es, las dos terceras partes de 200,000), parece difícil admitir que el número de los candiotas reunidos bajo las armas, se eleve á 25,000; sería necesario, para que esta cifra fuese materialmente posible, que todos los hombres útiles, sin escepcion, se hubieran puesto en estado de insurrección.

Pero cualquiera que sea el número de los insurgentes, si están decididos á batirse, la Turquía tendrá que contar con ellos. Los griegos habitan en la isla de Candía, sobre todo los campos, y la vida rural los vigoriza y los pone en disposición de soportar las mas grandes fatigas.

Además, se han retirado á los parajes menos accesibles de las montañas, de las cuales está cubierta una gran parte de la isla. La cadena principal, que se extiende del Este al Oeste, forma muchos macizos, y el que lleva el nombre de Asprowna ó Montañas-Blancas, se eleva á 1,500 metros sobre el nivel del mar, y el del centro, que se llama Psilotiviti, tiene por punto culminante el célebre monte Ida, que llega á 2,492 metros. Está cubierto de nieve nueve meses del año.

La isla de Candía goza de un clima agradable y sano; los campos permanecen verdes durante todo el año; las alturas están cubiertas de excelentes pastos, y las colinas, así como los valles, producen en abundancia cereales, vino, aceitunas, naranjas, limones y otros frutos de los países poco distantes de los trópicos; de manera, que el sultán puede, en justicia, considerar esta isla como una de las joyas principales de su corona, á pesar de tener tantas.

Esta isla cambió su nombre de Creta en el de Candía, después de la fundación de la ciudad de Candía, edificada en 823 por los árabes. En 1204 perteneció á Venecia; los turcos se la quitaron á esta república en 1669.

Los candiotas se han batido ya muchas veces contra los turcos, y fué necesario á estos últimos veinte y dos años (1647-1669) para conquistar la isla; y la capital, Candía ó Megcelo-Krastron, ha resistido con éxito en dos ataques, y no ha sucumbido al tercero sino después de un bloqueo de diez años.

Desde esta época se ha insurreccionado muchas veces, pero en vano. No obstante, los spha-chiotas han conservado una casi independencia en las montañas; y los habitantes de las llanuras, ó aquellos que pudieran llamarse así, gozan de instituciones comunales bastante liberales.

H. MAURICIO.

LAS CARTAS DEL TASSO.

(Continuación).

1571. Torquato Tasso escribe desde París al conde Escola de Contrari, en Ferrara, una carta en la que hace una descripción de Francia.

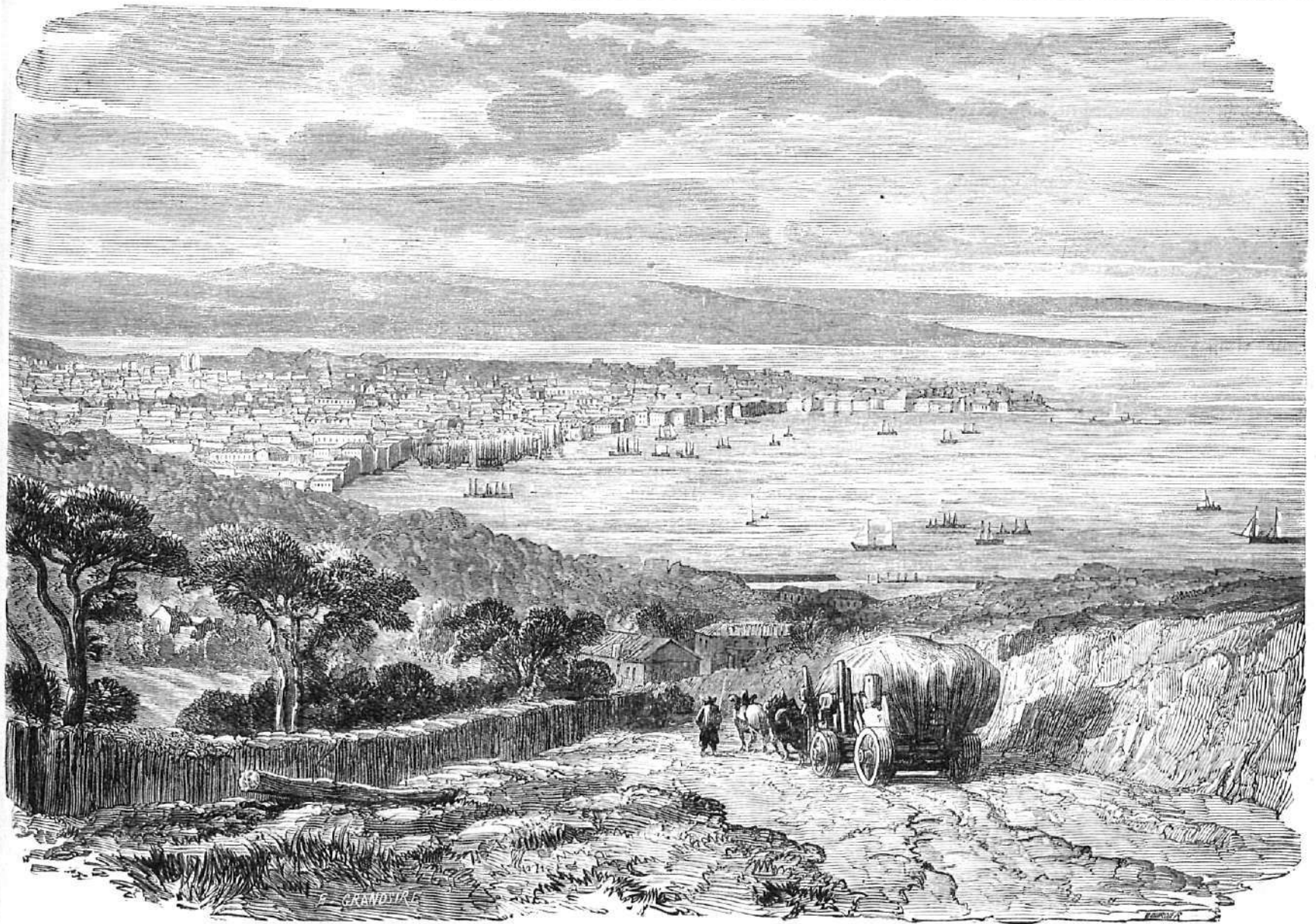
A mediados de diciembre, vuelve á Italia con Benedeth Manzouli, secretario del cardenal Luis



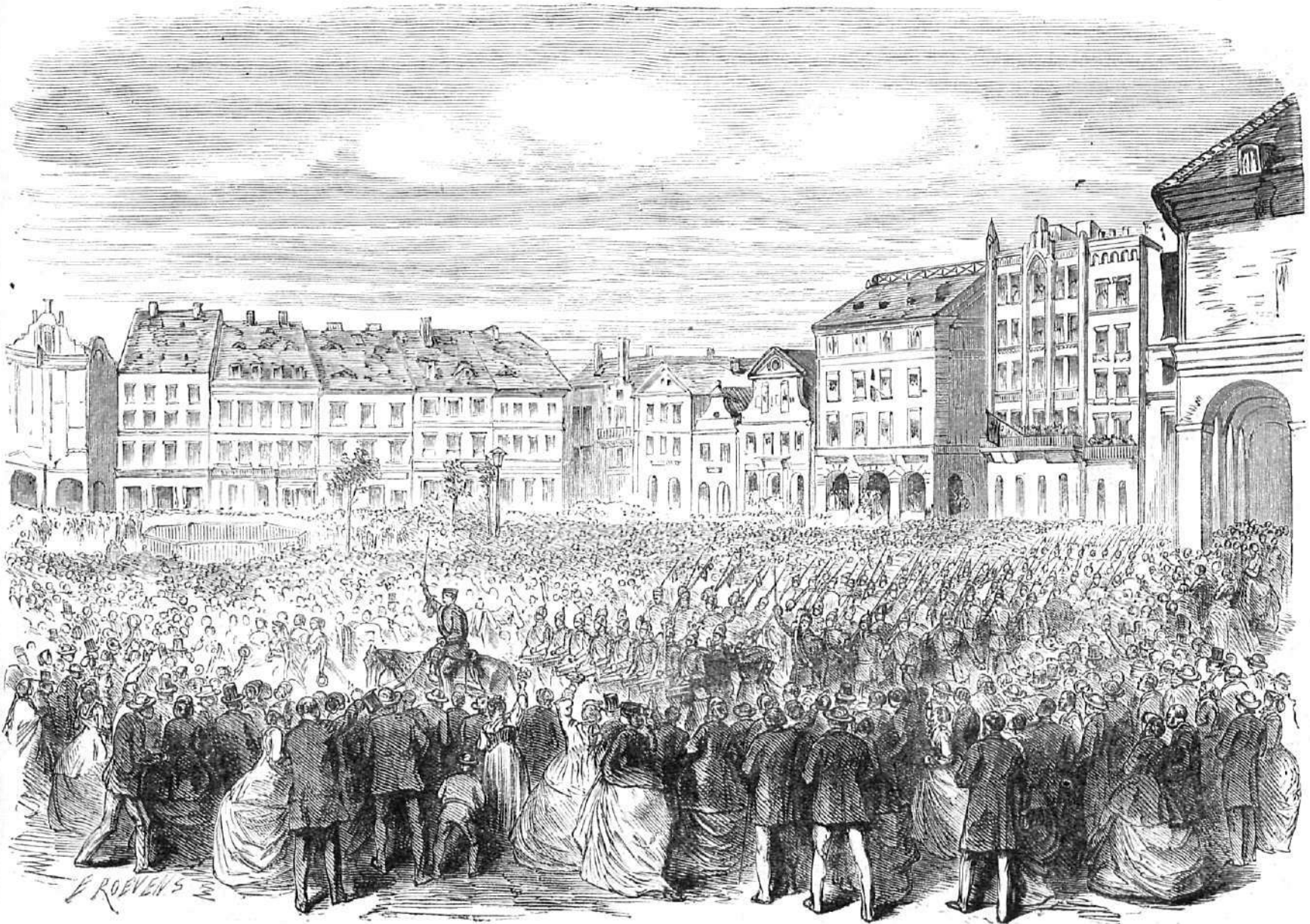
Num 7



Num 8



Num 9



Num 10

de Este. Fué muy elogiado, muy cumplimentado, pero tan pobre como antes. El vestido que lleva es el mismo que sacó de Italia.

1572. Enero. Llega á Roma, y es perfectamente acogido en Monte-Gordiano por Hipólito de Este, cardenal de Ferrara (que murió en el mes de diciembre del mismo año).

Es admitido entre los caballeros de la corte de Ferrara, con una asignación mensual de cincuenta y ocho libras y diez sueldos, á contar desde el mes de enero.

Abril. El Tasso parte de Roma, reside algunos días en Pésaro, al lado de los príncipes de Rovera.

El 1.º de mayo vuelve á Ferrara.

El duque Alfonso le acoge cariñosamente y le obliga á ocuparse únicamente de poesía sin cuidarse de otra cosa:

Egli mi dice, allor che suo mi fece:
.....Tu canta, or che se' n' ocio.

AMINTA, II, 2.

18 de setiembre. Muerte de Bárbara de Austria, esposa del duque Alfonso. El Tasso compone su elogio fúnebre en verso y prosa; este es su oficio.

1572-73. Durante el invierno, escribe la *Aminta*, á la que llamaba una égloga y que debe clasificarse, en efecto, entre las poesías pastoriles.

1573. Enero. El duque le da la cátedra de geometría y de esfera en la universidad de Ferrara, en la que no debe explicar mas que los días festivos. Su asignación anual por este empleo es de ciento cincuenta libras marquezas (ciento ochenta libras italianas y cuarenta céntimos).

En la primavera se representa la *Aminta* en la corte de Ferrara.

Durante el verano, el Tasso va á Pésaro, y reside en esta estación en casa de la princesa Lucrecia, en Castelduranto, á la sazón una de las mas deliciosas y de las mas magníficas casas de campo de Italia.

A mediados de setiembre regresa á Ferrara colmado de donativos y muy honrado por los príncipes de Urbino.

1574. Escribe el primer acto y algunas escenas del segundo de una tragedia (*Galcalto, rey de Noruega*); este fragmento fué publicado en 1582, con la segunda parte de los versos.

En julio acompaña al duque hasta Venecia, donde se encuentra á Enrique III, que renuncia á la corona de Polonia por la de Francia, habiendo muerto Carlos IX el 30 de mayo.

Agosto. El Tasso trabaja en el último canto de su poema, pero le interrumpe una cuartana que le dura algunos meses.

1575. 17 de febrero. Torquato envía á Scipion Gonzaga, que habita en Roma, los cuatro primeros cantos de su poema, y le pide sus consejos.

4 de marzo. Se halla en Vicenza. Algunos días despues se dirige á Pádua y allí cultiva las relaciones de Paolo Recci, quien despues contribuyó muy poderosamente al buen éxito de la *Gerusalemme*. También somete su obra á las observaciones de Francesco Piccolomini, Domenico Veniero, y Celio Magno.

Envía los cantos quinto y sexto á Gonzaga.

31 de marzo. Vuelve á Ferrara, y confía á Pinelli su canto sétimo, y le ruega que le envíe á sus amigos de Roma.

Comienza á desagradarle su residencia en Ferrara: primer signo de inconstancia y de melancolía. Quiere vivir en Roma. Gonzaga le propone en muchas cartas, que entre al servicio del cardenal Fernando de Médicis ó del gran duque de Toscana. El Tasso vacila, y se ve atormentado por la duda.

15 de abril. Envía á sus amigos los cantos octavo y noveno. Proyecta pasar á Venecia para que

alli impriman su poema, y pide privilegio á los príncipes italianos.

27 de abril. Envía el canto décimo.

Mayo. Escribe en prosa los argumentos de su poema para facilitar á sus consejeros el trabajo de la revision.

Julio. Lee el último canto al duque, en el Casetto.

2 de junio. Va á comer á Belriguardo, casa de recreo de verano del duque.

11 de junio. Envía á Roma los cantos once y doce, y acompaña al duque á las lagunas de Commachia.

22 de junio. Llega á Ferrara, y el 27 se halla en Bolonia.

14 de julio. Cae enfermo.

Lee su poema á la duquesa Lucrezia y habla con ella muchas horas todos los días. Desde fines de invierno, esta princesa se hallaba separada de su marido Francesco della Rovera, y vivía en la corte de su hermano Alfonso.

Envía á Gonzaga los últimos cantos.

4 de noviembre. Pasa á Roma para el Jubileo, á fin de hablar con sus amigos acerca de su poema, y para ponerse á las órdenes del cardenal de Médicis. El Tasso se lamenta despues de haber emprendido este viaje á Roma, pues segun él, habia sido el principio y la causa de sus desgracias.

29 de diciembre. Deja á Roma y pasa algunos días en Siena, donde lee á los literatos su canto doce, que fué muy aplaudido.

1576. 6 de enero. Llega á Florencia y se aloja en casa de Giambatista Deti, uno de los fundadores de la Academia de la Crusca.

Se presenta á Vicenzio Borghini con una carta de recomendación de Bernardo Canigiani, embajador toscano en la corte de Ferrara.

Se detiene en Pésaro; luego vuelve á Ferrara donde recibe sus cantos acompañados de las críticas.

Marzo. Solicita el empleo de historiógrafo de la casa de Este. Se supone que contaba con la negativa, la cual le serviría de pretexto para dejar la corte de Ferrara y entrar en la de Médicis. Pero el duque le da el empleo que solicita, y el Tasso se encuentra de este modo ligado mas estrechamente á pesar suyo, á la casa de Este.

Abril. Asiste á las fiestas de las Pascuas en Módena.

Julio. Reside once días en la ciudad de Conraddoli con madama Leonora.

Setiembre. Tiene una disputa con un cortesano que se supone era Maddalo ó Medaglio de los Freci ó Fizzi, encargado de la redacción de los actos públicos en la corte de Este.

Noviembre. Sabe que muchos editores se proponen imprimir la *Gerusalemme* sin su autorización. En su dolor, piensa en demandarlos á los tribunales. A su ruego, el duque Alfonso escribe á los príncipes y señores de Italia para que prohiban á los impresores de sus respectivos Estados la impresión y la venta del poema.

En las fiestas de Navidad, el Tasso se dirige á casa del conde Ferranto Tossone, en Módena, y conoce á una poetisa, la signora Tarquinia Molza, viuda de Paolo Ponino.

1577 Enero. Deja á Módena bruscamente y poco satisfecho. Vuelve á Ferrara resuelto á permanecer allí al servicio de la corte de Este.

Teme haber perdido la amistad de Scipion Gonzaga. Agítase su espíritu con todo género de inquietudes; desconfía de sus criados, á los cuales cree sobornados por sus enemigos, y supone que se le ha denunciado á la Inquisición.

El Ariosto le remite versos en su alabanza, pero el Tasso al responderle, deja entender que hasta estos elogios son sospechosos.

17 de junio. En uno de sus accesos de melancolía, quiere matar con un cuchillo á uno de los cria-

dos de la corte. He aquí como Maffeo Veniero anuncia este suceso al gran duque de Toscana: «Ayer tarde, hemos encerrado al Tasso (en un gabinete del palacio). Ha querido herir de una cuchillada á un criado en el aposento de la duquesa de Urbino. Le hemos encerrado, no para castigarle, sino para calmar este desorden, y procurar curarle. Se encuentra dominado por una tristeza singular, cree haberse hecho culpable de herejía, y recela que le han envenenado... ¡Triste situación para un hombre de tanto mérito y tan bondadoso!»

El Tasso escribió al duque Alfonso implorando su piedad y su perdón.

Julio. El duque le conduce á Belriguardo; pero el Tasso permanece sometido á una gran tristeza; habla incesantemente de infidelidades, de traición, de herejía. Ni la libertad, ni las bellezas de la naturaleza calman sus agitaciones.

Despues de algunos días de prueba, el duque, no viendo ninguna mejora en el estado de su espíritu, le manda á Ferrara y dispone que le lleven al convento de los hermanos de San Francisco. «Recomienda que se le destinen dos hermanos para acompañarle y prevenir con todas las precauciones posibles, el desorden y extravagancias de sus palabras, añadiendo además, que si los hermanos se niegan á este servicio, ó no consiguen lo que desea de ellos, vuelvan á llevar al Tasso á su aposento ordinario en el palacio.»

El Tasso es recibido por los religiosos. Su primera ocupación fué escribir una súplica á los cardenales del Santo Oficio, que envía á Scipion y á Curzio Gonzaga.

Quiere hacerse religioso.

El 20 de julio, se escapa del convento, sale de Ferrara, y anda errante por el campo, apartándose de las poblaciones y dirigiéndose hacia los Abruzzos en el reino de Nápoles hasta Sorrento, donde habita su hermana Cornelia, que tenía algunos años mas que él, y se hallaba viuda.

Penetra en traje de aldeano en casa de Cornelia, á la cual halla sola con sus hijos. Se presenta á ella como un mensajero de su hermano; la relación dolorosa que le hace de sus desgracias, produce en ella un desmayo. Asegurado de su afecto, apacigua el dolor que la ha causado y se da á conocer. Ambos convienen en que el Tasso pasará por su primo de Bérnago, que viene de Nápoles para asuntos particulares. Permanece una gran parte del verano en casa de su hermana, y parece que recobra su razón y que vuelve á su antigua felicidad. Pero muy pronto echa de menos á Ferrara: quiere volver á este pueblo, y escribe en este sentido al duque y á sus hermanas Lucrezia y Leonora.

En noviembre, despues de una grave enfermedad, pasa á Roma y habita en casa de Giulio Masetto, ayudante del duque en esta ciudad.

I. A. B.

(Se continuará.)

ALGUNOS PERSONAJES DE SHAKSPEARE.

SHYLOCK.

En lo que mas se ha distinguido el poeta dramático inglés Shakspeare, no ha sido precisamente en la variedad de los numerosos caracteres que la creado, sino en un admirable relieve. Nada detiene á la energía, al atrevimiento de la pluma áspera é incisiva del poeta. En un fondo generalmente novelesco, divertido y lleno de fantasía, dibuja de tal modo sus figuras, aparecen con tanto relieve, que su tipo se graba en la imaginación de una manera indeleble. Se conocen y nunca se olvidan

los personajes que se ha visto hablar y obrar con tan extraordinaria realidad. Los sucesos, la fábula pueden ser un tanto inverosímiles, pero nunca lo son los caracteres. El hombre que pinta el poeta filósofo es tal como le han formado su época, su país, su raza, las circunstancias y el centro en que ha vivido; jamás calumnia su naturaleza.

Los dos personajes principales del *Mercader de Venecia*, tienen realmente un valor histórico, porque en una misma profesion de la vida privada representan dos razas distintas y dan á conocer sus respectivas tendencias, su espíritu y su antagonismo. El noble y fastuoso mercader veneciano que envia sus naves cargadas de riquezas á todos los puntos del globo, y reparte con largueza entre sus muchos amigos todas las alegrías de su opulencia, contrasta vivamente con el oscuro traficante judío, el usurero, todo avaricia, bajeza, envidia; con Shylock, en una palabra (pues su nombre resume un carácter); Shylock, que se ha enriquecido, se ha infiltrado en el veneno de la baja sociedad.

Antonio no tiene dinero para socorrer á un amigo á quien quiere de veras; lo solicita y no se cuida del precio.

—Todo cuanto poseo surca sobre la inmensidad de los mares, dice á su amigo, á Bassanio. No tengo artículos ni medios para realizar instantáneamente; pero usa sin escrúpulo de mi nombre. Averigua donde hay dinero en Venecia, y es mi voluntad, que donde tú le encuentres le obtengas, sean cualesquiera las condiciones sobre mi crédito ó mi influencia.

Solamente en casa de Shylock es donde Bassanio ha podido hallar una cantidad tan respetable, y aquí aparece la bella escena donde Shakspeare presenta por vez primera los tipos en presencia del público.

SHYLOCK. Tres mil ducados.... bien.

BASSANIO. Sí, señor, por tres meses.

SHYLOCK. Por tres meses.... bien.

BASSANIO. Y esta cantidad, como ya os lo he dicho, la pagará Antonio.

SHYLOCK. Antonio la pagará.... bien.

BASSANIO. ¿Vos, podeis hacerme ese servicio? ¿Quereis ser complaciente? ¿Obtendré yo vuestra respuesta?

SHYLOCK. Tres mil ducados, por tres meses, y Antonio pagará.

BASSANIO. ¿Esa es vuestra respuesta?

SHYLOCK. Antonio es bueno....

BASSANIO. ¿Habeis oído alguna cosa en contra?

SHYLOCK. ¡Oh! no, no, no, no, no. Al decir yo que es bueno he querido significar que tiene responsabilidad. Sin embargo, sus fondos están un poco arriesgados. Tiene una galera que ha partido para Trípoli, otra va camino de las Indias; he oído hablar de otra que marcha para Rialto, otra para Méjico, y otra que se halla camino de Inglaterra. Además tiene otras que vogan á la ventura por otros lados. Los barcos no son mas que planchas, los marinos hombres; hay ratas de tierra y ratas de agua; ladrones en tierra y ladrones en el mar, esto es, piratas; además vienen los peligros del mar, las borrascas, los vientos, las rocas. No obstante todo esto, el hombre tiene responsabilidad.... Tres mil ducados.... presumo que puedo aceptar su firma.

BASSANIO. Estad seguro de que podeis hacerlo.

SHYLOCK. Estoy seguro de poder hacerlo cuando yo haya tomado mis medidas. ¿Puedo yo hablar á Antonio?

BASSANIO. ¿Si quereis venir á comer con nosotros?....

SHYLOCK. ¡Sí, muy bien! ¿Para comer cerdo, para beber vino, donde vuestro profeta, el Nazareno, ha introducido al diablo? Yo compraré con vos, yo venderé con vos, yo hablaré con vos, yo pasearé con vos, todo lo que vos querais ¡pero no co-

meré con vos, ni beberé con vos, ni rezaré con vos!.... ¿Qué nuevas tenemos de Rialto?.... Qué dicen.... (Entra Antonio).

BASSANIO. He aquí al señor Antonio.

SHYLOCK (aparte). Tiene cara de perro. Le odio como á todo cristiano, pero mas aun por esa franqueza estúpida que tiene para prestar gratuitamente, que nos obliga á bajar el interés del préstamo en Venecia. Pero cuando caiga bajo mis uñas cederá el antiguo rencor que le profeso. Aborrece á nuestra santa nación, y hasta en las reuniones de los comerciantes, se mofa de mí, de mis mercancías, de mis lícitos provechos, á cuyas ganancias llama usura: ¡maldita sea mi tribu, si yo le perdono!

BASSANIO. ¿Habeis oído, Shylock?

SHYLOCK. Meditaba conmigo mismo acerca de los fondos que tengo disponibles. Calculando en globo, creo que no puedo reunir en este momento una suma de 3,000 ducados.... ¡Bah! ¿Qué importa? Tubal, un rico hebreo de mi tribu, podrá prestarla.... Pero, vamos despacio.... ¿Cuántos meses durará el préstamo? (A Antonio). — Descansad, mi digno señor. Vuestro venerable nombre hace poco que rodaba por nuestros labios.

ANTONIO. Shylock, aunque no tengo la costumbre de prestar ni de pedir préstamos, sin embargo, quebranto mis principios para acudir á las imperiosas necesidades de mi amigo. (A Bassanio). — ¿Sabe ya lo que necesitáis?

SHYLOCK. Sí, 3,000 ducados.

ANTONIO. Y por tres meses.

SHYLOCK. Ya lo olvidaba.... ¿Tres meses, decís?.... ¡Soberbio! ... ¿Y vuestro recibo? Dejad que le vea un poco.... Entendámonos bien: pues vos me parece que decíais hace un momento, que ni prestábais ni pedíais prestado á interés.

ANTONIO. No ha sido nunca mi costumbre.

SHYLOCK. Cuando Jacob apacentaba los rebaños de su tío Laban, este Jacob era, por su muy digna madre, el tercer heredero de nuestro santo padre Abraham; si, el tercero.

ANTONIO. Y eso, ¿qué quiere decir? ¿Prestaba á usura?

SHYLOCK. No, no, no era positivamente lo que vos llamais usura. Escuchad lo que hizo Jacob. Cuando Laban y él convinieron en que todos los cordillos pios le serian entregados en clase de salario, el hábil pastor peló algunas varitas, que colocó á la vista de las ovejas que habian sido fecundadas, las cuales, en el momento de parir, echaron al mundo borreguillos pios; estos llegaban á ser propiedad de Jacob. Esta era una manera de aumentar la ganancia, y el diestro pastor fué bendito del Señor. El cielo favorece el lucro con tal de que los hombres no roben.

ANTONIO. Este fué un caso fortuito del cual se sirvió Jacob, una casualidad conducida por una voluntad del cielo, que no estaba en su mano provocar. Por lo demás, ¿la cita aparece en honor á la usura, ó bien vuestro oro y vuestra plata son ovejas y machos cabrios?

SHYLOCK. Yo no digo eso; lo que hago es multiplicar mi dinero lo mas pronto posible. Pero observad esto, señor....

ANTONIO. ¡Ved, amigo Bassanio, cómo el diablo cita la Sagrada Escritura! Un alma perversa emitiendo testimonios sagrados! esto se parece á un malvado de faz risueña, á un fruto podrido en el centro del corazón. ¡Oh, cuán bellas son las esterioridades con que se reviste la mentira!

SHYLOCK. Tres mil ducados.... es una buena cantidad, muy redondita.... Tratemos acerca del premio.

ANTONIO. Y bien, Shylock, ¿cuánto os deberemos?

SHYLOCK. Señor Antonio, ¿cuántas veces, en Rialto, me habeis despreciado y vilipendiado acerca de mi peculio y de mis ganancias, y yo enco-

giéndome de hombros, os he soportado con paciencia; porque sufrir es la condicion de nuestra raza? Me habeis llamado mercachifle, perro de rabo cortado, porque hago uso de lo que es mio como conviene á mi voluntad.... bueno.... Y ahora, segun parece, necesitais de mi ayuda: ¡adelante, pues! Os acercais á mí y me decís: «Shylock, necesitamos dinero.» ¡Vos lo decís, vos que me habeis llenado de injurias, que me habeis dado un puntapié, como lo hubiérais hecho con el perro que se hubiese parado en vuestro umbral! ¿Con que necesitais dinero? ¿Qué deberia yo responder? ¿Un perro tiene dinero? ¿Puede un mastín prestaros 3,000 ducados?.... ¿O debo, bajando la cabeza y con el tono respetuoso de un vasallo, sujetando mi respiracion, murmurar humildemente: — Bello señor, vos habeis despreciado mi tráfico, me habeis dado cierto dia un puntapié; en otra ocasion me habeis llamado perro, y en virtud de tantas atenciones voy á prestaros dinero?

ANTONIO. Yo estoy dispuesto á tratarte del mismo modo, á darte otro puntapié. Si prestas ese dinero, préstalo no á un amigo (la amistad nunca saca provecho del estéril capital de un amigo), préstalo á tu enemigo, pues si falta á su compromiso, puedes con la frente erguida requerir su castigo.

SHYLOCK. Mirad cómo se inflama. Yo queria trataros bien; ganar vuestra simpatía; olvidar los oprobios con que habeis manchado mi reputacion; acudir á vuestras necesidades de hoy sin reclamar un óbolo de interés, ¡y vos no os dignais escucharme! Sin embargo, era una oferta amistosa.

ANTONIO. Eso seria obligarme.

SHYLOCK. Pura benevolencia, y lo probaré. Hacedme un simple recibo, y admitamos como una broma, por única responsabilidad, que si en el dia y en el lugar que se designe las cantidades estipuladas no han sido devueltas, á guisa de multa, será responsable de la deuda una libra de carne de vuestro cuerpo, que yo cortaré del sitio que me parezca.

ANTONIO. Aceptado. Antes que se cumplan los dos meses, espero una cantidad nueve veces mas grande que la que prestas.

SHYLOCK. ¡Oh, padre Abraham! ¿Qué corazones tienen estos cristianos!

ANTONIO. Vamos á firmar la obligacion.

M. P.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ. No hay nadie que no haya oído hablar de estas partidas de ajedrez que se juegan en la India por los nababs, partidas en las que las piezas del juego están figuradas por hombres vivos, ricamente vestidos, que circulan sobre inmensos tableros trazados en medio de un vasto salon. En algunos parajes se limitan á mover, segun la orden de los jugadores, algunos maniqués vestidos y fabricados de madera ó de carton. Las relaciones de esta clase de juego tienen un sello especial y un carácter un tanto fantástico. Pero nada existe menos dudoso que la partida de ajedrez jugada publicamente por el conde Joseph de Thum en Carlsbad, el año 1787. Este personaje, á un mismo tiempo sabio y hombre de humor, mandó pintar un inmenso tablero en un lienzo que se estendió en el suelo, y los hijos carlsbadenses, representando por sus trajes las diferentes piezas del juego, ejecutaron todos los movimientos al mando de los jugadores, situados en las ventanas del gran salon del palacio de Bohemia. — (Véase el *Almanaque de Carlsbad*, del caballero Juan de Caro).

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIÉ.

IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL.

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, num. 3 — Madrid. — 1866.



Num 11



Num 12